

JUAN GARCÍA LARRONDO

MALQUERENCIA

(2006)



Minúsculo monólogo dramático sobre los malos tratos vistos desde una perspectiva algo distinta. Publicado por el Centro de Documentación de Artes Escénicas de la Junta de Andalucía en 2010, junto a textos de otros autores con motivo de la celebración del Día Mundial del Teatro.

Género: Microteatro. Monólogo.

Edición: Pieza incluida en “Diálogos, Fragmentos y otras Levanteras”. El Puerto, Ediciones El Boletín, 2015.

Duración aproximada: 15 minutos.

Personajes Principales: 2 personas.

COMPRAR: <http://www.libreriayorick.com/teatro/teatro/7379-dialogos-fragmentos-y-otras-levanteras-teatro-y-perversos-incompletos-juan-garcia-larrondo.html>

Sobre una cama de hospital yace un personaje totalmente cubierto de vendas, escayolado, entubado, con goteros, inmovilizado, casi inerte. De la persona tan solo podremos ver sus ojos, sin que alcancemos a apreciar ningún signo que nos revele la edad que tiene ni su sexo. A su lado, un equipo electrónico marca sus funciones vitales y toda la parafernalia médica que sugiera que el paciente está en una unidad de quemados o aislado de cualquier tipo de contacto con el exterior. Tras una cortina, ventana o mampara translúcida, se distingue la figura de otro personaje que puede ir vestido con un traje de protección, bata, mascarilla o cualquier elemento que impida al espectador averiguar también el género al que pertenece. De hecho, su voz será deliberadamente ambigua, incluso atiplada, lo que hará más difícil, si cabe, identificarlo. El contraluz le asemeja a una especie de astronauta. La iluminación crece y nos desvela, en primer plano, a la persona que está sobre la cama.

VOZ DEL VISITANTE

(Llega. Con timidez). Hola... ¡Hola, mi vida! ¡Soy yo! Bueno, ya sé que no puedes hablar pero, si me escuchas, espero que no te estén doliendo mucho las quemaduras... La enfermera me ha dicho que no puedo acercarme ni quedarme demasiado tiempo... Por lo visto no es bueno que te alteres y, para evitar cualquier riesgo de infección, me han obligado a ponerme esto antes de entrar a visitarte. *(Suspira, con agobio)* ¡No veas qué calor! Bueno, aunque imagino que tú debes estar aún mucho peor... ¡No sabes cómo lo siento, cariño! *(Dudando)* ¿Qué tal te encuentras? *(Cayendo en la cuenta)* Perdona, perdona... Ya sé que tampoco puedes moverte ni hacer señas. ¡Uf! ¡Menudo panorama! ¡Ten paciencia! No te desesperes. Verás cómo pronto te recuperas... *(No sabe muy bien qué decir, reniega)* ¡Dichosa olla exprés! Mira que te dije veces que tuvieras cuidado con la puñetera olla, que no cerraba bien y que teníamos que comprarnos otra nueva, pero nada... Mira que te lo dije... *(Tomando confianza).* ¡Si vieras cómo se ha quedado la cocina! ¡El puchero está enterito repartido por el techo! Lo que te diga es poco: los azulejos están todos rotos, los muebles y las encimeras se han quedado achicharradas y la vajilla... ¡Para tirarla! ¡Han llegado garbanzos a casa de la vecina! ¡Vamos! ¡Todo destrozado! ¡Hasta lo que había dentro del frigorífico ha reventado! Yo no puedo todavía ni entrar de lo que impresiona... Ni yo ni los niños, claro. Ellos le han estado echando fotos con los móviles y se lo toman todo a guasa. No sabes la que se traen con las dichosas fotos de la morcilla pegada en la lámpara todo el santo el día por el “tuitar”. *(Ríe, se contiene)* La verdad es que, si no te hubiese pillado de lleno la explosión, seguro que ahora también nosotros estaríamos riéndonos. Pero has tenido mala suerte, ¿qué le vamos a hacer? *(Con ternura)* Tú no te preocupes por nada, ¿vale? Tú procura recuperarte prontito que ya se limpiará y se arreglará todo cuando estés mejor. Además, te prometo que esta vez vas a ser tú quién elija los muebles nuevos de la cocina para que la pongas como a ti más te guste. Y, de paso, quitamos el lavadero y la hacemos mucho más grande, para que cocines sin agobios ni estrecheces. Ya verás lo pronto que estás de nuevo en casa haciendo otra vez tus

pucheros... Por lo visto, me han dicho que ahora hay muchos avances médicos y pueden ponerte trozos de piel nueva sin que apenas se te note. *(El paciente suspira con angustia. La visita se incomoda)* Yo, por si acaso, ya les he explicado a los niños -para que no se asusten- que, aunque te cambie un poco la cara y te queden algunas cicatrices, cuando vuelvas vas a seguir siendo la misma persona. Ya nos apañaremos, tú no te alteres por nada... *(Con cierto reproche. Resopla. Mira el reloj y hacia la salida)*. Aunque si te estoy agobiando y quieres que me vaya me lo dices, ¿eh?... *(Otra vez cayendo en la cuenta)* De todas formas, tengo que irme dentro de nada porque no sabes el desbarajuste que hay en casa. Está todo tan sucio que mejor ni te lo cuento... Que si los albañiles, que si los escombros, que si los pisotones... ¡Lo que te diga es poco! ¡Un desastre! Tanto que he tenido que contratar a una señora para que cuide de mi madre y de los niños mientras que estoy en el trabajo. Y, encima, como ya no hay cocina, pues andamos comiendo y cenando todos los días en la calle. Así que no te asustes cuando veas la cuenta porque estoy teniendo que tirar de los ahorros que guardábamos para tu coche. A ver, ¿qué remedio? ¡Y todo por no gastar y no comprar una olla nueva! *(El paciente vuelve a quejarse. La visita, resopla, arrepentida)* Lo siento, cariño. Ya sé que no es momento y que lo último que ahora se me ocurriría sería reprocharte nada. Ya lo sé. Perdóname. Tampoco es que me esté quejando, claro que no... Lo que pasa es que... ¡Con alguien tendré que desahogarme!, ¿no? *(Emocionándose)* Sabes que me vengo abajo enseguida y que no soy como tú para estas cosas... Tú eres más fuerte. Siempre lo has sido. Y sé que ahora debes estar hasta sintiéndote culpable, porque te conozco. *(Reflexiona)* No te martirices. Ha sido un accidente, ¡y ya está! ¡Mala suerte! *(Reniega)* Aunque algo de responsabilidad tuya sí admitirás que tienes, ¿no? *(Silencio)* Reconoce que eres un poquito imprudente, cariño. Y que conste que no te estoy riñendo. Simplemente digo que, algunas veces, no tienes la cabeza en donde debes de tenerla. Y que, precisamente por eso, por no estar en lo que estás, pues acaban pasando estas desgracias. ¡Que demasiada suerte hemos tenido que no volase la casa entera con mi madre y los niños dentro! *(Largo suspiro)* En fin... Tampoco es que quiera enfadarme... *(Estallando)* Pero la verdad es que lo estoy, ¡maldita sea! ¡Y mucho! Y, si no te lo digo, te juro que reviento como la dichosa olla. Sé que no viene a cuento que te suelte esto y ahora estarás pensando que no tengo sensibilidad ninguna. Vale. De acuerdo. ¿Y qué hago? ¿Seguir callándomelo todo como siempre? *(Parece recapacitar, pero nada más lejos)* Por ejemplo, ¿te he dicho yo algo del cansancio que arrastro tras pasarme el día trabajando fuera de casa? Nunca, ¿verdad? ¡Ni una sola vez te lo he echado en cara! En cambio, tú no paras de restregarme a todas horas que estás hasta las narices de los niños, de mi madre y de sacar a la calle al puto perro. A ver... ¿Te crees que a mí me gusta ir al trabajo? ¿En serio piensas que no preferiría quedarme contigo y con los niños? ¡Son tus hijos! ¡Y te recuerdo que fuiste tú quien se empeñó en tener perro y familia numerosa! *(Se emociona)*. Los pobres... Si pudieras verlos ahora: Solitos, mal vestidos, a base de hamburguesas y

paquetes de patatas fritas todos estos días por tu manía de seguir usando la olla que sabías perfectamente que tenía la goma rota. ¡Seguro que no pensaste en ellos cuando la pusiste en el fuego! ¿A que ni te lo planteaste? ¿Y en mi madre? ¿Pensaste en ella en algún momento? Con lo que te ayudó cuando nos casamos: que me la traje del pueblo exclusivamente para que te hiciera compañía, y tú... Lo único que has hecho por ella ha sido decir que era una carga y que te miraba con malos ojos. ¡Qué barbaridad! ¡Si desde que sufrió hace tres años la trombosis y se quedó paralizada no da ningún ruido! Pero, claro, como no es tu madre... Si de ti hubiese dependido ya la habrías metido en una residencia. ¡Y eso nunca! ¿Qué te costaba cuidarla? Nunca la has querido y, sin embargo, ella fue quien llamó a los bomberos. Así que, si estás con vida, es gracias a ella. Bien deberías agradecersele. La pobre mía. Todavía no puedo imaginarme cómo consiguió marcar el teléfono estando en cama prácticamente impedida. *(Los ojos del personaje vendado se ponen en blanco. Sus pulsaciones se disparan. La luz crece por momentos)*. ¡Nunca se repondrá del susto! ¡Ni los niños! ¡Ni siquiera los vecinos! Me tendrías que ver ahora cómo llevo la ropa, sin planchar, y la de lavadoras que hay pendientes. Me da hasta vergüenza salir al descansillo. ¿Cómo no quieres que me enfade? ¿Cómo no quieres que estalle con los disgustos que me llevas dando todos estos años? En fin... Tampoco estoy aquí para discutir contigo. Ese no es mi estilo. Y menos, ahora. *(Se contiene. Tiene calor. Se abanica)* Ya hablaremos cuando estés en casa y puedas defenderte o, por lo menos, cuando me empiecen a hacer efecto las pastillas de los nervios que me ha mandado el psiquiatra. Que, por cierto, eso también lo estoy sacando de tus ahorros. *(Llora. Se acaba quitando la máscara o lo que le cubre la cabeza y es entonces cuando descubrimos que la visita es una hembra)* Pero es que lo estoy pasando fatal... Te juro que no puedo tirar sola con todo esto y no sé si voy a soportarlo. Claro, cuando nos casamos te creías que, en vez de una esposa, ibas a tener una esclava, y nunca me has perdonado que haya sido al contrario. Nunca has soportado que yo fuera una mujer independiente o que haya sido la que ha mantenido desde el principio a la familia. Eso ha sido una ofensa para tu orgullo masculino, ¿verdad? Siempre has sido un egoísta y un retrógrado. Y, a tu manera, siempre me has estado boicoteando y haciéndome sentir como si fuese yo la “rara” o la mala de la película. *(Irresoluta)*. Pues no. ¡Se acabó! Esta vez has llegado demasiado lejos y lo de la olla ha sido ya la gota que ha colmado el vaso. Bueno: ¡El vaso, los platos y la cubertería al completo! Eres un peligro: para los niños, para mí, para mi madre y hasta para ti mismo. Y te juro que no pensaba decírtelo por que, en el fondo, ni soy tan mala persona como piensas ni quería hacerte daño en las condiciones en que te encuentras pero, al final, voy a hacerle caso a mi abogado y voy a pedirte el divorcio porque tú no estás estable mentalmente para cuidar de nadie. Y a los hechos me remito. Así, como lo estás oyendo. Lo nuestro está muerto desde hace ya muchísimo tiempo y, además, lo sabes. Es mejor que lo dejemos. Y, aunque no lo parezca, igual este es el mejor momento para hacerlo, fíjate lo que te digo. *(El personaje sobre la cama comienza a*

tener convulsiones). ¡Estate quieto, hombre, que vas a lastimarte! ¡Venga, por favor! ¡No montes un drama! Si los dos sabemos que, tarde o temprano, esto iba a acabar pasando... *(El enfermo se queda paralizado. La mujer reniega, apesadumbrada)* Pero, bueno... Ahora lo más importante es que te recuperes y encuentres un trabajo pronto por que he pensado dejar el mío y declararme insolvente. Ya va siendo hora de que seas tú el que aporte el dinero a la familia y me mantengas. Total, eso era lo que querías, ¿no? Pues, mira por dónde, vas a acabar saliéndote con la tuya...

De momento, no te preocupes por nosotros. Esta mañana ha estado allí el señor del seguro –que, menos mal que no te hice caso y acabé contratando a tus espaldas uno de los más caros- y me ha dicho que van a indemnizarnos con una cantidad millonaria. *(Sonríe)* Al final, va a venirnos bien lo de la olla, fíjate. El hombre ha sido amabilísimo. Yo creo que me ha tirado hasta los tejos... ¡Y por asegurar al perro, incluso me ha ofrecido de regalo un robot de cocina que, por lo visto, hace los pucheros y las lentejas sin ayuda de nadie y sin riesgo de explosiones! *(Convencida)* Y yo lo he aceptado sin pensarlo, porque en mi casa no vuelve a entrar más ninguna olla.

En fin. No te molesto más. Ya hablaremos de los detalles de la separación y esas cositas cuando te pasen a planta, ¿vale? ¡Ah! ¡Se me olvidaba! *(Saca su móvil y le echa una foto)* ¡Los niños, que me han pedido que te hiciera una foto para “tuitearla” o cómo se diga eso! Y, por cierto, que mi madre te manda muchos besos. Ya verás cómo acaba perdonándote... ¡Cuidate, cariño! ¡Llámame si necesitas cualquier cosa!

Se despide y sale, lanzándole besos. Taquicardias que acaban en largo pitido de monitor cardíaco que habrá de recordarnos al pitorro silbante de una olla. Agonía. Del corazón del personaje huye su alma en chorro de vapor de agua que se eleva formando nubes tormentosas y desaparece cuando este expira, implosionándose, en relámpagos de tristeza. Luz cegadora y estridente música de chirigotas.

JUAN GARCÍA LARRONDO

Cádiz, preludio del Carnaval 2006